

C

Columna



Michel Junod
médico veterinario

El dinero alcanza cuando no se lo roban

Por años, los chilenos nos sentíamos distintos. Nos percibíamos casi de otro continente, comparados con los niveles de violencia, extorsión y robos de algunos países de América.

Pero esto nos duró mientras éramos pobres, y tan pronto como exhibimos mejores indicadores, nos hicimos atractivos para el crimen organizado y los narcotraficantes. Lamentablemente, “nos pilló sin perros”. Estábamos acostumbrados a los robos de gallinas y, de la noche a la mañana, llegaron los secuestros y extorsiones.

Mientras todos nos escandalizábamos por este tsunami de violentistas y criminales, se fue desarrollando una cultura nacional de fraude más silenciosa, que está minando nuestra institucionalidad. Así, transitamos del robo menor de herramientas agrícolas, el hurto de artículos de oficina, herramientas y artículos de la construcción, a prácticas fraudulentas más graves, como el uso de licencias médicas falsas; el cobro de horas extras no trabajadas; la contratación de ineptos en puestos clave o la cobertura de ausencias injustificadas en el trabajo.

Así continuó la escalada de robos, pasando por la corrupción y colusión a gran escala, como la defraudación de impuestos, la asignación de sueldos por trabajos inexistentes, la contratación de asesorías falsas y el uso de fundaciones para desviar fondos públicos. En muchos casos, el robo se justifica desde la comparación: “Si otros lo hacen y no son castigados, ¿por qué no hacerlo?”. Esta mentali-

dad ha sido reforzada por la percepción de impunidad hacia los “ladrones de cuello y corbata”, o los artistas urbanos que exhiben su opulencia, muchas veces mal habida. Estos suelen evadir responsabilidades legales a pesar de sus crímenes de gran magnitud, lo que genera un debilitamiento del tejido moral y ético en ciertos segmentos de la población.

Así, el robo se ha transformado en una institución americana y tiene a muchos países de rodillas, con las manos atadas frente a la suscripción de convenios internacionales a favor del delincuente, el uso proporcional de la fuerza, la migración como un derecho y cuanta patraña más. Hoy, con tanta permisividad y diálogo, se ven preocupantes indicadores en Colombia, con el recrudecimiento de la guerrilla, o en México, donde cuatro carteles narcos se repartieron el país.

El robo, en cualquiera de sus formas, es un cáncer que debilita el progreso y la cohesión social. Enfrentar esta problemática requiere de gobiernos más fuertes y decididos, leyes más estrictas y, sobre todo, un cambio cultural que rechace la corrupción y fomente valores éticos en todos los niveles de la sociedad.

Es fundamental que los responsables sean juzgados sin distinción de clase o posición, y que en los colegios se hable de valores. Solo así será posible revertir esta tendencia y construir una sociedad más justa y equitativa, donde nos sintamos orgullosos de vivir.